

BX4634

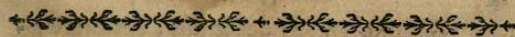
L3

V.5



FONDO DE BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135803



PANEGÍRICO

DE SAN JUAN DE DIOS,
Fundador de la Religion de su
nombre:

PREDICADO

*el día de su fiesta en la iglesia de los
RR. PP. de la Caridad de Paris.*

*Ordinavit in me charitatem. Dios regló
mi caridad. Cant. 2. v. 4.*

¡**Q**uan raras son las obras de la caridad, que
fixando sobre sí las esperanzas del mundo, se
atraigan al mismo tiempo las gracias del cie-
lo! La apariencia de los sentimientos, no siem-
pre lleva el sello de la sinceridad. Es una
caridad política á quien mueve el interes:
una caridad ostentosa, cuya vanidad corrom-
pe el mérito: una caridad que sorprende al
mundo, porque no sabe conocer la falsedad,
ni la hipocresía. El mundo es el centro de
la ilusion.

La verdadera caridad, es pura en sus mo-
ti-

A 2

38091

tivos, sublime en sus designios, desinteresada en su conducta, humilde en sus sucesos, y hace igualmente el elogio, tanto de la religion que la inspira, quanto del héroe que la practica.

Todavía no he citado á *S. Juan de Dios*; pero ¿será necesario nombrarle para quien reconozca su carácter? Como modelo, apóstol y víctima de la caridad la consagró sus trabajos, encontró en ella su gloria, y parece que la ofreció todas sus virtudes. Si reflexionamos sobre sus acciones y sentimientos, hallaremos, que la caridad misma se tomó el cuidado de formar su corazón. Al oír su voz todo lo dexó, todo se arrevió á emprenderlo; y todo consiguió ejecutarlo. Ó por mejor decir, el cielo fué quien llamó á nuestro Santo al ingrato, y penoso ministerio de la caridad, dirigiéndole y señalando sus pasos con el resplandor de sus milagros *Ordinavit in me cbaritatem.*

La caridad que Dios inspira fué su vocacion.

La caridad que Dios anima fueron sus empresas.

La caridad que Dios corona fué su recompensa.

Ordinavit in me charitatem. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Siempre fiel el Señor á su Iglesia, nunca dexó de tener sobre ella designios misericordiosos. ¿En qual de las vocaciones de los santos se manifestaron sus misericordias con mas brillantez que en la de *S. Juan de Dios*? El dia

dia de su nacimiento parece que presagiaba ya las maravillas que la Iglesia podia esperar de él. La cuna de los príncipes es el primer teatro de su debilidad; pero la de nuestro Santo fué la de su gloria. Un nuevo Profeta le anunció. Portugal oyó por boca de un ministro divinamente inspirado, que en los decretos eternos estaba destinado *S. Juan de Dios* para venir á ser el protector, y el padre de los pobres, y que lo seria en el siglo menos sensible á las necesidades de la indigencia el héroe, y el restaurador de la caridad.... Pero antes de admirar la fidelidad del Santo, observemos la conducta de Dios para con él.

*Los exemplos edificativos que le mostró,
Las revoluciones imprevistas que le suscitó,
Y las particulares gracias con que le colmó.*

Tales son las miras que preparan y deciden la vocacion de nuestro Santo. Su caridad es inspirada por Dios. *Ordinavit in me cbaritatem.*

El exemplo es un maestro poderoso y lleno de imperio: sobre todas las edades influye; pero en la juventud encuentra mas docilidad, y casi siempre hace sobre ella impresiones mas fuertes y durables. Es una semilla fecunda que hace brotar los primeros sentimientos, y manda á las primeras inclinaciones: es, si así podemos hablar, el apóstol de todos los corazones.

Nuestro Santo, pues, le halló muy persuasivo en la edificante conducta que ofrecie-

ron á sus reflexiones los sabios y virtuosos autores de sus días. La Providencia le presentó para acampar á un pueblo numeroso baxo los estandartes de la caridad, y le hizo nacer en el seno de ella misma. Incapaz aún de experimentar sus vehementes impulsos, estudiaba ya sus útiles lecciones. El resplandor de la nobleza, y los tesoros de la opulencia, ofrecerian á otro qualquiera la lisongera esperanza de una vida cómoda. *Juan de Dios* será deudor á sus mayores de un don mas precioso: recibirá en herencia sus virtudes. La mejor sucesion, hermanos míos, es la de la santidad.

Pocas veces sucede que una fortuna perecedera sea en el mundo la recompensa de la piedad. Una providad cierta y segura, unas costumbres irreprehensibles, unos christianos sentimientos, son solamente las riquezas que recoge para su hijo el padre de *Juan de Dios*. Contento con un decente pasar, y poco zeloso de una prosperidad dañosa, supo hasta en las ocasiones mas deplorables hallar recursos para socorrer la indigencia, y asilo para los afligidos. Su corazon era ingenioso para suministrarles mas allá de sus esperanzas y de sus deseos. Casi se puede creer, que los tesoros se multiplican entre las manos caritativas.

Estos generosos sentimientos de un padre misericordioso, los veía crecer nuestro Santo, animados por los tiernos cuidados de una madre, cuyo nombre nos callan los historiadores, aunque le consagran á la inmortalidad con el de madre de los pobres.

Mo-

Movido *Juan de Dios* de tan admirables exemplos, ¿como era posible que no los abrazase, y estuviese penetrado de ellos? ¡Ah! Los elogios que con la voz del reconocimiento prodigaban los infelices á sus padres, le parecian otros tantos motivos para merecer por las mismas acciones iguales agradecimientos. Los exemplos que fixaban su atencion formaban sus sentimientos. Apenas se conoció á sí mismo quando advirtió, que la mayor felicidad consistia, no en la grandeza ni en la opulencia, sino en el delicado placer de hacer felices á otros.

¡O Religion santa! ¡O Iglesia de Jesu-Christo! ¡Quanto te debes prometer de una caridad cuyos primeros ensayos parece que estan anunciando una virtud consumada! Como un nuevo Samuel se perfeccionaba en la caridad á proporcion de como en la edad crecia. Apenas gustó de ella quando se declaró en su favor, y lo comprobó con los motivos mas nobles. Sus larguezas no conocian otros limites que sus bienes. Quando le quedaba todavia algun recurso, sentia en el alma no encontrar mas miserables para distribuir mas beneficios.

De este modo le preparó el cielo para sus designios... Mas ¿que imprevisto acontecimiento trastornó, al parecer, los proyectos de *Juan de Dios*; engañó la esperanza de los pobres, y se opuso á las miras de la Providencia? Apenas salió de las tinieblas de la infancia, quando como otro Joseph fué arrancado del seno de una familia llorosa y

A 4

do-

dolorida. En Oropesa se ofreció á su mérito un nuevo Egypto. La grandeza le llama, la gloria le espera; mas él reusa una y otra.

No, hermanos míos, no creais perder ya de vista al hombre de la caridad. Nuestro Santo llenará su vocacion por los mismos caminos que al parecer le apartan de ella. Mudará de situacion sin mudar de sentimientos. Las imprevistas revoluciones que le prepara el Cielo, son otras tantas sendas misteriosas que le conducen á su destino. Los pobres siempre tienen el mismo derecho sobre su corazón. *Ordinavit in me charitatem.*

¡Quan confundida queda con esto aquella sabiduría engañosa, cuyo limitado alcance no puede sondear los eternos secretos! Apartado *Juan de Dios* de su patria, sin nombre, sin crédito y sin recurso; enteramente abandonado, acusado injustamente, virtuoso por inclinacion, pecador por fragilidad, penitente por reflexion, reducido por necesidad á la última de las condiciones humanas, y arrastrado por su valor al horror de los combates, se nos representa tal como nos le pintan los historiadores en los diferentes periodos de su vida.

¿Quien creeria que en medio de tan opuestos acontecimientos se habia de preparar el apóstol de la caridad? Pues sí oyentes míos: cada señal de las que parece le alejan de su vocacion le confirman mas en ella. Por todas partes se encuentra el hombre de la Providencia. *Ordinavit in me charitatem.*

Yo me acuerdo de aquel dia, no sé si feliz

liz ó desgraciado, en el que se ofreció á la poca experiencia de nuestro Santo un ministro del altar, respetable por su carácter, odioso por su conducta, supersticioso en su piedad, imprudente en su zelo, inquieto en sus viages, errante de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, abusando por todas partes de la credulidad de los pueblos, y aun mucho mas de sus beneficios.... quien por una pomposa relacion de las maravillas que presenta la España, interesó y lisongeo la curiosidad de nuestro héroe, y arrebatándole del seno de sus padres, le seduxo, guió y abandonó muy en breve: Este fué, pues, el primer instrumento de que se valió el cielo para abrir á *Juan de Dios* la carrera por donde debia caminar. Era menester, que expuesto á todos los rigores de la pobreza, probase por medio de una útil experiencia los horrores y lástimas de semejante estado; y que conociese por la caridad que se exercia con él la obligacion que tenia de exercitarla con los demas. Aquel es mas sensible á la miseria humana, que por sí mismo ha sido la víctima de ella.

¡Con que diferentes aspectos se me presenta ahora el asunto! Pasó nuestro Santo de estado en estado, y por todas partes fué digno de elogios, por todas superior á su humilde fortuna: hasta la misma envidia le respetaba. La virtud brilla en medio de las tinieblas.... Yo veo á su mérito en disposicion de lograrle un enlace tan lisongero como inesperado. Como árbitro de su fortuna, solo

le costaba hablar para que la prosperidad cediese á sus deseos. Mas no, gran Dios, no es por el camino de los honores ni de las riquezas por donde quereis dirigir á este vaso de eleccion; es por el de las desgracias, y por el de los reveses de la fortuna. Quando parece que mas bien le alejas de tí, sabrás unirle estrechamente. Haz que tocado con tu mano aprenda á conocer tus designios, respetarles y conformarse con ellos. Llegará tiempo en que sea un gran pecador para mas bien ser despues un hombre de caridad. En los peligros de la guerra le esperas. El héroe prepara al Santo.

Consideradle entre los dos mas grandes príncipes de la Christiandad, atrayéndose ya las atenciones de toda la Europa. Siempre rivales, aunque con qualidades opuestas, se habian empeñado Carlos V. y Francisco I. en unas guerras casi siempre renacientes. Si el poder del primero era mas temible, el valor del segundo era mas cierto. Aquel no escuchaba mas que una ambicion sin límites; este no sostenia mas que sus derechos con equidad. El uno se cubria con una política refinada; el otro se entregaba con una franqueza siempre igual. Carlos V. aspiraba á la monarquía universal; Francisco I. defendia su corona y su pueblo. Las qualidades del Emperador eran mas brillantes, las del Monarca mas sólidas. Las victorias seguian las banderas de la Casa de Austria, y aunque la Francia hubiera podido esperar mayores triunfos, era Carlos V. dichoso, y Francisco I. des-

gra-

graciado. Ambos eran héroes y admiradores de la celebridad y de la gloria del mérito, y la Europa les juzgaba otro tanto mas grandes, en quanto no dexaban de ser enemigos, con cuya reciproca contraposicion brillaban á porfia.

Pero ¿ á que fin me detengo yo en un elogio christiano con estos objetos políticos? Unicamente nos pueden interesar en este dia, por la estrecha union que tienen con la conducta de *Juan de Dios*. Perdonémosle, que presentándose en los exércitos del Emperador fuese enemigo de la Francia; porque al fin era servir con fidelidad á su príncipe, y no debemos decir que es un crimen el cumplimiento de las obligaciones. La Francia sabe respetar el valor y la santidad hasta en sus mismos enemigos.

Esta sería la ocasion de mostrar á nuestro héroe del modo que le vió la España en el sitio de Fuenterrabia, animado de un valor noble é intrépido; movido por la gloria de la patria, quien le hizo arrostrar los peligros, y menospreciar la muerte. La verdadera virtud hace siempre á los hombres tales como lo deben ser. ¡ Dichoso él, si inaccesible su corazon á los sentimientos del temor, lo hubiera sido igualmente á las impresiones del escándalo! Mas ah! ¡ quan dificultoso es en medio de la licencia de las armas escuchar siempre la voz austera del deber! Presentóse la seducción, y se entregó á ella: olvidóse su piedad, trocósele el corazon, y degenerando su santidad cayó como hombre miserable.

Ya

Ya no era *Juan de Dios* el mismo que antes.

Pero aunque la flaqueza tenga sobre él algunos derechos, no los conservará por mucho tiempo. La reflexión le atraerá bien pronto el arrepentimiento. Los remordimientos seguirán á su delito, é iluminándole el cielo le moverá la gracia. Herido y atemorizado como otro Saul, percibía, bañado en su sangre, la horrorosa imágen de la muerte. El sepulcro se le abría á sus ojos..... ¡Que objetos tan tristes! espantar á un hombre que no se detuvo en menospreciarlos en medio de una sangrienta accion. Una séria reflexión sobre sí mismo le puso en claro toda la vergüenza y el delito de sus extravíos. Agitado y lleno de turbacion, gemía, suplicaba, y se mudaba. Improvisamente se le vió renacer á la virtud y á la vida. Mas ¡ah hermanos míos! ¿Era acaso necesario que escapase de este peligro para que entrase en otros mayores? Aunque lleno de gloria tocó el instante de la muerte, le faltaba todavía llegar á sus puertas lleno de terror, de ignominia y deshonorado. Los Santos siempre tienen enemigos.

Sucedió un robo, y al parecer recaían sobre *S. Juan de Dios* los indicios de tan odioso crimen. Sospechaba en él la desconfianza, le acusaba la calumnia y le condenaba la injusticia. ¡Cuidad, gran Dios, cuidad de su vida! Vos sois el protector de la inocencia: á vos, y no á otro, toca el defenderla. Apenas pasó un corto tiempo, quando se observó á nuestro Santo que caminaba por

ins-

instantes á expiar en un suplicio infame un delito que no habia cometido. Mas no perecerá. Se reconocerá el error, y triunfará la verdad. Descubrióse el delinqüente, y se le castigó, quedando justificada la inocencia. Los enemigos de nuestro Santo vinieron á ser sus admiradores. Llenó la Providencia sus designios y, por medio de las mas singulares gracias, conduxo al héroe de la caridad al término de su vocacion. *Ordinavit in me charitatem.*

Hasta ahora, hermanos míos, habeis percibido en nuestro Santo un hombre á quien una mano invisible conduxo por sendas desconocidas. Habia adorado los designios del Altísimo sin percibirlos. Todo se cambió. A los ojos de este nuevo profeta se descubrieron los misterios de lo futuro. Baxo de una imágen sensible, fué instruido de las pruebas que le esperaban, los trabajos que le llamaban, las difíciles, aunque gloriosas empresas á que el cielo le destinaba. El sabia todo quanto habia de suceder; y con esta cierta ciencia, se inflamaba su zelo y se transportaba su caridad. La divina Providencia le prometia ménos reveses que los que deseaba.

Los grandes corazones forman siempre grandes proyectos. Si alguna vez no tienen la gloria de la execucion, logran á lo ménos el mérito del deseo. Los de *Juan de Dios* no habian sido desde luego conformes con las secretas miras que el cielo tenia sobre él. Marchaba á Africa quando le llamaba á España. Clamaba por el martirio quando le prepara-

ba

ba para el apostolado. Santamente ansioso para derramar su sangre por la gloria de Jesu-Christo, huía de su patria, y se lisongeaba de hallar en los crueles discípulos de Mahoma unos enemigos irreconciliables del nombre christiano, unos tiranos favorables á sus generosos designios. Vencedor ya de la peligrosa tentacion que le presentó un tio, pronto á colmarle de beneficios, huyó de sus ruegos y de sus lágrimas, surcando tan pronto sobre un débil barquichuelo las olas de la mar, como viéndose en Argel y en Tunez, en cuyas capitales hubiera querido atacar al mahometismo, predicar el Evangelio, enarbolarse el estandarte de la cruz, hallar prisiones, hogueras, cadahalsos, y hasta la misma muerte. Pero ¿que voz es la que se percibe? *Juan de Dios* (1) *Granada será tu Cruz... Juan de Dios.* ¡Que nombre este tan admirable! El cielo es quien se le da. *Granada.* ¡Que teatro! El cielo es quien le designa. *Granada será tu Cruz.* ¡Que destino! El cielo es quien le concedé.... Escucha *Juan de Dios*, escucha y obedece. Olvidate del Africa, no te acuerdes de sus tiranos ni de sus suplicios. Tu muerte no es necesaria á la religion; pero tu vida es muy preciosa á la Iglesia. No serás mártir de la fé; pero lo serás de la caridad. Granada te ofrece una carrera penosa, inmensa y dilatada. Muda de resolucion. Camina baxo la proteccion del Dios que te guia, y emprende lo que quieras. Tú no morirás

(1) Véase la Vida de S. Juan de Dios.

rás en los tormentos: vivirás entre los sufrimientos. Quanto mas largo es el martirio, mas perfecto es el sacrificio.

Iluminado, pues, nuestro Santo acerca de su vocacion, no aspiraba ya á otra cosa que á desempeñarla. Marchó inmediatamente ácia Granada, cuyo nombre tenia para él mil atractivos. En ella encontró cruces que sobre llevar, ya que esto era el colmo de sus deseos; y si el ministerio que mas lisongea á su corazon es el de socorrer la indigencia, conseguirá igualmente ser el padre de los pobres. ¡Oh Granada! ¡Oh afortunada ciudad! ¡Que tarde te has dexado ver de sus ojos! La impaciencia de sus sentimientos parece que acusan la lentitud de sus pasos.

Dexemos á nuestro Santo entre los éxtasis y entre los arrebatos de su zelo, que resista á los tímidos consejos de la política, menosprecie las vanas reflexiones de la amistad, los vientos y las tempestades, el infierno y sus furores, la fortuna y sus encantos, y siempre al mundo y sus peligros. Veamos, pues que ya es tiempo, como se justifica su vocacion por las empresas. Dios preparó el apóstol de la caridad, y quiere tambien sostenerle, como ahora os lo demostraré. *Ordinavit in me charitatem.*

SEGUNDA PARTE.

No hay cosa mas comun que ver decaer los proyectos de la política humana á imitacion de aquellos soberbios edificios que levanta la

vanidad y destruye el tiempo; porque como Dios no les inspira, tampoco se toma el cuidado de mantenerlos.

Pero este mismo Dios que se complace en confundir la presuntuosa ambición de los hombres, les suministra tambien admirables exemplos de su proteccion. Muchas veces hace que la debilidad misma sea temible á los potentados de la tierra; y todo el universo ve con asombro, que un débil arbolillo desafia y como que se rie de los vientos mas fuertes y de las tempestades mas temibles. ¿Quien mas bien que nuestro Santo puede salir garante de esta verdad? Un millar de obstáculos se opusieron á sus designios. Todo el mundo parece que se habia conjurado contra su ruina. Vanos esfuerzos: tentativas inútiles. *Juan de Dios* las advertirá y sabrá disiparlas. Vencerá sucesivamente, tanto las dificultades que precederán á sus empresas, quanto los trabajos que las acompañen. La caridad que Dios sostiene, no tiene que temer enemigos; espere solamente recoger sucesos. *Ordinavit in me charitatem.*

Así como apareció en Jerusalem aquel Profeta enviado de Dios; pero aun mucho mas tiempo expuesto á las irrisiones de un pueblo rebelde, á la fiera indocilidad de los grandes, á la venganza de los falsos profetas, viendo por último humillados, abatidos y enmudecidos á sus enemigos: *Bellabunt adversum te, et non prævalebunt* (1): así se pre-

(1) Jerem. 15. 20.

sentó nuestro Santo en Granada. Todo estaba dispuesto, todo declarado contra él. Los grandes proyectos siempre se adquieren poderosos enemigos. *Bellabunt adversum te.* ¿Acaso á imitacion de Jeremías ha levantado *Juan de Dios* contra el vicio una voz imperiosa y terrible? No por cierto. Las contradicciones que experimenta nacen de otro principio; quiero decir, del singular artificio que inventa su humildad. Un pretendido delirio le hizo el objeto de los insultos públicos. El discípulo de la cruz se atrevió á imitar esta santa locura. Locura respetable; pero que le atraxo sobre su conducta mil sospechas iniquas. Accion digna de un héroe evangélico, en la que ahoga la religion las últimas semillas del amor propio. ¡Oh Dios mio! Permites que tu siervo sufra los viles tratamientos de la mas negra calumnia para que del seno de las humillaciones salga su gloria mas pura y mas brillante: *Bellabunt, & non prævalebunt.* En el mismo Granada le preparaste un defensor, un panegirista... Los hombres virtuosos siempre se interesan por los sucesos de la virtud.

Poseía entónces Granada un hombre poderoso en obras y en palabras: prodigio de penitencia, gloria del sacerdote, edificacion de la Iglesia por sus virtudes, su apoyo por su zelo, su oráculo por su doctrina; en suma, á Juan de Avila; varon de ingenio vasto, profundo y universal; director prudente, pero firme; predicador célebre, y digno de serlo; apóstol de la Andalucía, res-

petado en toda España, conocido del Universo; hombre de consejo y de autoridad, cuyas decisiones adoptaban los príncipes, de cuyas luces se aprovechaban los sabios, y á quien Santa Teresa miraba como su defensor, y le consultaba como á su guía y su modelo..... Nada es mas propio que un santo para formar la santidad.

Juan de Dios necesitaba un hombre tan universalmente acreditado como éste para justificar las misteriosas sendas de su piedad, y para desengañar á aquellos á quienes una apariencia poco favorable tenia sorprendida la decision. Los hombres condenan muchas veces lo que debian admirar.

Presentóse nuestro Santo en el tribunal de su juez, y sentenció Avila. En su conducta descubrió el espíritu del Evangelio, la aplaudió y admiró. Como apologista eloqüente de la santidad, disipó las preocupaciones, confundió á los censores, y aseguró el respeto público á aquel contra quien habia visto levantarse los príncipes, los magistrados, el mundo y el infierno. En este caso ¿que podrian contra nuestro héroe el libertinage, y la incredulidad de su siglo? ¿Que contra sus empresas los enemigos de la virtud? ; Ah! En vano procurarán detener el curso de este caudaloso rio que por todas partes va á derramar la fertilidad y la abundancia. Los obstáculos mas insuperables se allanarán; y se verá con asombro, que apenas empiezan los dichosos trabajos de *Juan de Dios*, quando se acrecientan y concluyen. La caridad que tie-

ne

ne á Dios por apoyo no debe esperar nada de parte de los hombres. *Ordinavit in me charitatem.*

En efecto, hermanos míos, yo os he anunciado grandes proyectos y empresas. Pero ¿que proyectos y empresas son estas? Una obra brillante, sólida, útil é inmortal, cuyo plan, execucion y suceso son maravillosos, y admiran al mismo paso que sorprenden. Vosotros vais á ver si me engaño ó no. Intenta levantar un edificio vasto é inmenso, proyecto digno de un rey poderoso, y acaso superior á las fuerzas de muchos príncipes reunidos, y abrir á la miseria enferma y abandonada un asilo contra las injurias del tiempo, y contra las humillaciones de la pobreza; pero todo esto solo, sin recurso, sin proteccion, sin intrigas, y apenas lo emprende quando lo executa. ¿Se hará creible á la inteligencia humana? No: esta no es obra de un hombre sino del mismo Dios. *Domino factum est istud* (1).

Ya tenia la Iglesia religiones célebres, unas consagradas al retiro, y otras al zelo; pero la faltaba una que fuese solamente consagrada á la caridad en el continuo servicio, y asistencia de los pobres enfermos. Esto es justamente lo que meditó nuestro Santo. Concibió el plan, y todo anunciaba ya las primicias de una obra tan santa. Mas, ¿que fatal revolucion es la que suspende, y detiene una empresa tan felizmente empezada? ¿Quienes

B 2

nes

(1) Ps. 117. 23.

nes son esos que á una voz se levantan contra nuestro Santo? Todos le censuran, todos le condenan. ¡Hombre temerario! exclamaba la prudencia humana, siempre desconfiada y temerosa, ¿á donde os arrastra la indiscrecion de vuestra caridad? ¿Bastará ella sola para vuestros designios? ¿Quales son vuestras riquezas? La esperanza; pero os puede engañar. ¿Quienes son vuestros protectores? Ninguno absolutamente. Solo respondeis, que Dios es vuestro apoyo; pero eso es tentar su providencia. La confianza es una virtud; la presuncion un delito. Mas vale no començar una obra que abandonarla despues de haberla empezado.

De este modo hablaba Roma quando San Pedro se propuso trastornar la religion dominante del imperio, y ensalzar el christianismo sobre los despojos de los ídolos. Pero Roma tan supersticiosamente adherida á la multiplicidad de sus falsas divinidades, y tan iluminada y científica, se ve no solamente la capital del mundo christiano, sino hecha de un modo incomprehensible, y sin saber como un hombre sin talentos, sin educacion y sin protectores pudo lograr un efecto tan repentino y tan milagroso. Las mismas experiencias, y los propios sucesos se advierten en la empresa de *S. Juan de Dios*. Su indigencia parecia que desde luego autorizaba los injustos clamores de Granada; pero esta ciudad reconocerá, que así como para enarbolar la cruz en el capitolio se valió Dios de unos hombres sin experiencia ni

ni autoridad, del mismo modo escogió un hombre débil y desconocido para levantar á la caridad un monumento que no debe ser sepultado sino con la destruccion de los siglos. Lo que es imposible para los hombres es muy fácil para Dios. *A Domino factum est istud.* Convenid desde luego conmigo en quanto á la idea que me formo del magnífico establecimiento que erigió nuestro Santo. ¡Que mejor espectáculo que el que presenta una caridad siempre ingeniosa, fervorosa y permanente! Apenas se abrió este asilo á la indigencia quando se vieron en él toda casta de enfermedades. Teatro público de toda clase de miseria, y de toda especie de misericordia. Espectros horrorosos de cuerpos que no formaban mas que una sola llaga; miembros mutilados; bustos animados; hombres á quienes la humanidad misma aborrece al parecer; el conjunto de todos los males; el aparato de las operaciones mas sangrientas que las del suplicio; la triste imágen de la muerte que se reproduce baxo mil formas diferentes; y hasta la muerte misma, triunfante muchas veces contra los socorros y los esfuerzos del arte. Quéjas las mas de las veces injustas, pero siempre amargas; lágrimas arrancadas por el sufrimiento, aumentado muchas veces con ellas; el zelo recompensado por la ingratitude, y la providencia acusada por la desesperacion, eran los deplorables y los continuos objetos que fixaban la vista y chocaban á los sentidos; pero que no podia remediar la caridad. Tal es el bosque-

quejo de la pintura que se debe hacer del triste lugar en que *Juan de Dios* se encerró, y en donde se propuso vivir y morir. ¡Que sentimientos tan heroycos! vosotros los desentrañareis aun mejor en su conducta.

¿A que especie de trabajo se entregó? A todos, y para todos bastaba. Era el hombre de todos los cuidados, de todos los empleos, de todos los servicios. Tan codicioso de las humillaciones, como atento para escusárselas á los demas. Nunca se detuvo en asistir y manejar á toda clase de enfermos, aun con el evidente peligro del contagio de sus males. Participar de las penalidades de sus hermanos, era demasiado poco para su ardiente caridad: hubiera querido librarles de ellas á trueque de reunir las todas en su persona. ¡Que sentimiento tan grande para su corazon al ver executar sobre aquellas pobres víctimas las operaciones mas crueles, aunque necesarias! ¡Quanto hubiera él estimado librarlos de aquellos tormentos á costa de cargar sobre sí todo el rigor de sus penas! Repartidos igualmente sus cuidados y asistencia entre todos aquellos que la providencia le habia confiado, parecia que se multiplicaba su prudente actividad; y eran sus trabajos tan universales, que ninguno se escapaba de sus diligentes cuidados. El tiempo del descanso interrumpia las ocupaciones de los demas: las de *Juan de Dios* eran continuas. El dia no las veía empezar; la noche no las veía concluir. Negarse solamente al reposo, era su herencia: preferir los enfermos cuyos ma-

les

les eran los mas contagiosos, era su mayor privilegio: ir mas allá de sus deseos, era su estudio.... De este modo consiguió la sabiduría de su conducta ganarse todos los corazones. El consolar de este modo á los pobres y á los enfermos, es el verdadero elogio de la caridad mas perfecta. Es una gloria única tal vez á nuestro Santo.

Su caridad, pues, es una caridad á quien Dios anima, á quien Dios sostiene; una caridad, en fin, á quien Dios corona. *Ordinavit in me charitatem.*

TERCERA PARTE.

¿Que Santo se humilló mas profundamente que *Juan de Dios* en el exercicio de su caridad? ¿Que Santo se vió colmado de una gloria mas brillante? ¿Que Santo se sometió mas ciegamente á la obediencia, ni mereció autoridad mayor? La Providencia dirigió su caridad: ella la recompensó. *Ordinavit in me charitatem.*

La reputacion de nuestro Santo empezó á traslucirse desde las tinieblas de su establecimiento. Ya le contribuían todos los corazones con el lisongero homenaje del reconocimiento. Los pobres publicaban los continuos, y generosos esfuerzos de su caridad: los ricos se apresuraban á porfia á multiplicarle los recursos. Ya se construía un edificio mas dilatado.

Este fué la cuna de una nueva orden. En efecto, apenas tomó el asilo de la caridad una

forma consistente, quando se vieron acudir para fomentar su zelo discipulos fervorosos, iniquos censores en otro tiempo de su conducta. En él se formaron por sus cuidados y exemplos los Arias, los Avilas, los Velascos y los Martinos, hombres cuyas virtudes son bien notorias, y cuya reputacion permanece todavia entre sus imitadores. Allí fué donde empezó esta orden célebre: esta orden, cuyos trabajos no tienen otro objeto que el alivio y la asistencia de los pobres: esta orden, que estendida por el recinto de una sola ciudad de un solo reyno, llevará muy en breve el nombre y la gloria de su Santo fundador hasta los climas mas remotos. Los sucesos de los discipulos eternizarán los del legislador; y los parages mas distantes del mundo que no hayan conocido al padre, le conocerán en la persona de sus hijos.

En el dia observamos ya aquellos brillantes sucesos que no veía entónces la España, sino con una esperanza remota. Felicitémonos por la dicha de recoger el espíritu de *Juan de Dios* en los herederos de su caridad.

Zelosa la Francia para no ceder á los otros reynos una ventaja tan lisonjera, consiguió muy en breve ser participante de ella. Establecida la religion en su capital, la hicieron ver muchos héroes christianos, por medio de los prodigios de su zelo, los deseos que tenían de remunerar tan larga esperanza.... Yo dexo al cuidado de su conducta, siempre la misma, el fácil desempeño de su elogió. La Iglesia publica, quan precioso es este

ins-

instituto á la Religion: hasta los mismos deístas confiesan lo útil que es á la humanidad. Los enemigos de la fé se ven obligados á respetar las virtudes que no tienen valor de imitar.... ¿Quereis, pues, oyentes míos, conocer á estos hombres dirigidos siempre por el espíritu de su fundador? Pues acordaos de lo que eran sus predecesores. En nada han degenerado. Aquellos eran unos hombres cuya caridad superaba á todas las pruebas; unos hombres que no pensaban, ni obraban sino por la caridad; unos hombres que, sin dexar de serlo, sabian exceder á la humanidad. Con estos gloriosos distintivos se daban á conocer los discipulos que formaba *Juan de Dios*. Aun se les encontrará entre aquellos que les reemplazan. El mismo espíritu perpetúa el propio mérito.

No tardó en llevar el nombre de nuestro Santo hasta la corte el espíritu de esta caridad siempre activa é inagotable. Si no hubiera escuchado mas que su humildad, se hubiera negado á la gloria que le llamaba; pero los intereses de los pobres triunfaron de sus repugnancias. Hasta los pies del trono es siempre apóstol al apóstol de la caridad. Los Santos no varian en sus sentimientos.

Comunica estos á la corte. Se presenta en ella, y llegó á ser tan generosa y caritativa, que casi tocó en prodigalidad. La caridad no obra ménos milagros que el zelo.

¿Que miramiento, ó, por mejor decir, que respeto no tributó á nuestro Santo Felipe II. príncipe de trato tan poco accesible? A este mo-

monarca, pues, le vemos muy encumbrado por sus panegiristas; muy degradado por sus enemigos. Reunia en sí qualidades brillantes, y defectos imperdonables: virtudes útiles, y vicios perniciosos. Protector de la Iglesia mas bien por vanidad que por sentimiento: amigo de la piedad, que practicaba por fausto, y hacia muchas veces servir á sus designios, aparentando, por una política refinada, que servia con ella á la Religion. Disimulado hasta el extremo; de un rostro sereno, un espíritu tranquilo, una alma superior á los acontecimientos: zeloso de su autoridad, implacable en su cólera, injusto en sus venganzas..... Así es como nos pintan á Felipe II. los historiadores que, sobre no ser sus aduladores, fueron sus enemigos. Sin embargo, la verdadera historia le hace con sana crítica sabio, iluminado, valeroso, liberal, magnífico, religioso.... Las pinturas mas primorosas tienen sus manchas, y los mas grandes príncipes sus flaquezas y defectos.

Por mas que España viese muchas veces al falso zelo abusar de la confianza de este monarca, no podrá aplicar la misma tacha á la conducta de *Juan de Dios*. Interesado por los pobres, nunca lo era para sí mismo... Logró el príncipe verle, como deseaba, y le habló con bondad; pero ¿que digo yo con bondad? advirtió sus propios deseos, aplaudió su caridad, se declaró protector de su establecimiento, le enriqueció, le colmó de beneficios. Nuestro Santo obtuvo mas sin pedir, que pudiera haber deseado lograr la ambicion mas desmedida.

No

No se olvidó el hombre humilde de lo que era en medio de toda esta gloria. Desde las humillaciones pasaba á los honores, y sostenia su brillánte. Desde los honores pasaba á las humillaciones, y causaban sus delicias. Los Santos por todas partes llevan el mismo espíritu de religion. Por todas partes animaba ésta la caridad de nuestro Santo: caridad siempre humilde, coronada por la gloria; caridad siempre obediente, recompensada por la autoridad y el poder. *Ordinavit in me ebaritatem.*

Mas en este mismo instante me detiene un nuevo cúmulo de maravillas. Yo percibo por una parte á un hombre que es victima de la obediencia, y por otra á un nuevo Elías que es casi árbitro de la naturaleza. Sí, hermanos míos, *Juan de Dios* es un nuevo Elías: tanto á su voz como á la de aquel profeta se hacian sensibles los inanimados seres. Habla Elías, y hace brotar un fuego vengador: habla *Juan de Dios*, y hace que suspenda el fuego su actividad. Por mas que diga la incredulidad en todos los siglos vemos milagros.

No muy distante de la casa á que nuestro Santo acababa de echar los fundamentos en Granada, conservaba esta ciudad con reconocimiento otro asilo de los enfermos, cuyo establecimiento á mas de dilatado y rico, era obra digna de la magnificencia de los mas poderosos monarcas. En sus principios habia tenido á los reyes de España por fundadores, y logrado que fuesen sus protectores por el discurso de muchos reynados..... Pero ¡que des-

desgracia! en un instante creyó perder el fruto de tantas liberalidades y de tantos años.... Cae una centella, comunicase el fuego, y tomando un cuerpo increíble, causan las llamas repentinamente los mas horribles estragos. Todo parecia, todo se arruinaba: por quantas partes se miraba, no se veían mas que escombros y cenizas. Estos son espectáculos que la imaginacion los concibe mejor que los expresan las palabras.

A vista de esta fatal desgracia todos acuden apresurados. Mas en vano agotan quantos recursos y auxilios encuentran, porque á presencia de los expectadores caian mil victimas á impulso de su zelo. Crecia el peligro, decaía el ardor, sucedia el terror al apresuramiento; todo huía, y la caridad no veía mas que hombres quando debia esperar héroes. Pero yo me engaño, porque se advertia allí uno á quien la actividad del fuego no podia detener, ni nada le asombraba. No, no podia la tímida reflexion suspender la rapidez de sus pasos. Menospreciando su vida, se arrojó en medio de las encendidas ruinas. Por entre aquellos volcanes de llamas, corria ácia los tristes parages donde el incendio mas violento desolaba, trastornaba y consumia. Firme, intrépido, é invencible, exhortaba, animaba y socorria; y en un solo hombre parecia que se veían muchos *Juanes de Dios*. El únicamente no percibia el peligro que todo un pueblo temia para con él.

Mas, ¡ó desolacion! Ya le han perdido de vista aquellos que atentamente le seguian, ya

ya no se veía mas que un fuego destructor cada vez mas vivo y general. Los pobres creían haber perdido á su padre. El temor que tenían á las enfermedades les hacia creer que verdaderamente las sufrían. ¡Que lágrimas y que suspiros! Las expresiones mas enérgicas serian muy débiles para representar el vivo dolor de que Granada estaba penetrada. Así los grandes como los poderosos, los ricos como los pobres, y, en una palabra, todo el pueblo, confundian sus gritos y sus sollozos. ¡Que espectáculo tan tierno! Los corazones se le representaban vivamente con expresiones de desesperacion. Ya no existe aquel hombre, decian, á quien los mismos Angeles habian visto, como envidioso de su caridad, ofrecerse á dividir con ellos sus trabajos. Feneció ya; ¡Oh! ¡De quanto sentimiento nos hubiera ahorrado, si escuchando ménos á su zelo, hubiera consultado mas bien á nuestros temores!

Dexadlos ya, pueblo justamente affligido, dexadlos ya, que aun existe *Juan de Dios*. Triunfó del mas terrible elemento. El incendio se ha extinguido: los enfermos vuelven á ser socorridos. Aplaudid la victoria de aquel cuya pérdida llorais. El cielo le conserva por la gloria de la Religion. Sea, pues, para siempre la época de su triunfo grabada en todos los corazones: escúlpase en vuestros fastos. La Iglesia misma celebrará este milagro admirable y único. Por ella conocerá la posteridad mas remota el poder de nuestro Santo. En todos los siglos se dirá, que
un

un hombre guiado por la caridad ha sido superior á la muerte misma. Se dirá igualmente, que las llamas que abrasaban su corazón apartaron, extinguieron y anonadaron las llamas que debían consumir su cuerpo. *In scholâ charitatis edocens segniorem in eum fuisse ignem, qui fortis usserat, quam qui intus accenderat* (1).

¡Que tejido de maravillas me suministra aun el poder de nuestro Santo, sino fuera preciso compendiar su relacion! Entre ellas veríamos que las rápidas aguas del Xenil respetaban á este nuevo Moyses, y que la muerte misma confesaba la victoriosa fuerza de este Eliseo. Mas poderosa que los cetros y las coronas la caridad de *Juan de Dios*, veía huir delante de sí todos los azotes, y miserias de la humanidad. Su poder siempre es un poder benéfico. Su caridad alivia á los enfermos, su paciencia les sufre, su poder les cura; y las maravillas que han ilustrado su vida, se perpetúan despues de su muerte.

Mas ¿que es lo que he dicho sin sentir? ¡*Juan de Dios* debil, abatido, moribundo!... ¡ó dia desgraciado, ó acontecimiento fatal! Ya va á cubrirse con la tierra la mas perfecta imágen del Dios de las misericordias. Pobres de Christo, corred, venid á recoger los últimos suspiros de vuestro bien-hechor. Su salvacion y vuestros intereses, son los objetos que le mueven, y en los que única-

(1) *In Offic. S. Joan. Dei, lect. 9. Brev. Rom.*

amente se ocupa. Fijos sus ojos sobre la cruz, pide protectores y socorros para vosotros al cielo. No parece sino que se ha olvidado de que os dexa en sus hijos otros tantos padres que tiernamente os cuiden. Desde el lecho en que está postrado lleva vuestras miserias y sus ruegos hasta los pies de los altares. ¡Ah! El altar viene á ser su sepulcro. Ora, suplica y espira.

Figuraos la consternacion de Milan con la muerte de S. Ambrosio, y el abatimiento de la Turena con la pérdida de S. Martin, y conoceréis la fiel imágen del duelo y de la desolacion que se esparció por Granada con la muerte de nuestro héroe. La Iglesia perdió en él, digámoslo así, un Santo que era su ornamento y su gloria. Los pobres reclaman en él un Santo que era su apóstol y su padre. Todos los estados perdieron en él un Santo que era su consejo y su modelo.

Desde luego se puede asegurar, que los mayores obsequios de los reyes no igualan á la pompa fúnebre que creyó el reconocimiento debía á los preciosos residuos de *Juan de Dios*. Mas bien era una fiesta brillante que un espectáculo lúgubre y triste. Le lloraban y le invocaban. Los sentimientos y los elogios, manifestaban ya el principio de la celebridad de su culto.

En medio del público dolor quedaba un doble motivo de consuelo; esto es, el poder de *Juan de Dios* en el cielo, y su espíritu en la tierra. En él solo perdieron los pobres un padre, pero les dexó muchos. *Videant paupere-*

peves, et latentur (1). Abran pues los pobres los ojos; miren sus recursos, y entréguese á los mas justos motivos de alegría y de consuelo. *Videant pauperes, et latentur*. Espérenlo todo de la caridad que anima á los discípulos de nuestro Santo: en todos tiempos se compadecerá de las necesidades de los pobres, siempre se dedicará al servicio de los enfermos. Nunca debe trabajar sino para los infelices: para ellos será siempre activa sin reposo; oficiosa sin interes, y digna de nuestros elogios, porque lo es de *Juan de Dios* y de la Religion.

Ahora bien, christianos oyentes, ¿quando caminareis vosotros por las huellas del Santo legislador cuyo triunfo celebra la Iglesia en este dia? ¿No ha de tener imitadores mas que entre sus discípulos? ¡Ah! Venid, venid á la sombra de este asilo y aprended, tanto la necesidad y la miseria, quanto el heroismo de la caridad. *Ordinavit in me obavitatem*. Caridad que Dios inspira, que Dios sostiene, que Dios corona sobre la tierra y en el cielo. Esta morada es la que os deseo.

(1) Ps. 68. 33.

PANEGÍRICO DE S. JUAN EVANGELISTA:

PREDICADO

en la iglesia parroquial de San Salvador de Paris, de cuya clerecia es Patrono.

Exiit sermo inter Fratres quia Discipulus ille non moritur. Corrió la voz entre las gentes de que este Discipulo no moriria. *Joan. 21. v. 23.*

Si permanecen en la memoria de los hombres, y merecen ser eternos aquellos héroes del Evangelio que establecieron la Iglesia con su zelo, la ilustraron con sus escritos, la fecundaron con sus trabajos, y la hicieron respetable con sus virtudes, jamas debe acabarse, nunca se borrará de los fastos de la Religion aquel discípulo á quien Jesu-Christo honró con su confianza y amistad: aquel apóstol, que, por medio de su caridad, dió el nacimiento á las primeras iglesias del